

En la festividad de Santa Bárbara, patrona de Artillería

Teniente general Manuel Gutiérrez Mellado
Vicepresidente primero del Gobierno para
Asuntos de la Defensa y ministro de Defensa

[Transcripción del discurso pronunciado en la Academia de Artillería, Fuencarral (Madrid), 4 de diciembre de 1977]

PALABRAS CLAVE: Administración militar; Conflictividad militar; Defensa; Fuerzas armadas; Fuerzas de seguridad; Grupos terroristas; Lucha antiterrorista; Manuel Gutiérrez Mellado; Ordenanzas militares; Política antiterrorista; Política de defensa; Reforma militar; Terrorismo; Transición española.

Artilleros, ingenieros y técnicos del Cuerpo de Armamento:

Después de las palabras del director de la Academia y del jefe de Artillería del Ejército, hubiera querido que mi intervención se hubiese limitado a expresaros mi más sincera y cordial felicitación en el día de nuestra patrona Santa Bárbara, bajo cuya protección nos pusimos al vestir por vez primera nuestro uniforme y que hoy seguimos invocando con toda nuestra emoción y esperanza.

Sin embargo, al encontrarnos reunidos en esta fecha alegre pese a todo, de familiar unión y de auténtico compañerismo, he creído necesario aprovechar una ocasión tan singular para haceros llegar, aunque sea de manera informal, lo que hay dentro de mi ánimo, no como ministro, ni como general, sino invocando solamente mi condición de artillero.

Pero como no confío en mis dotes de orador y, al menos para mí, es muy importante lo que os voy a decir, me vais a perdonar que lea estas cuartillas.

Quisiera aclararos unos cuantos temas, hoy de actualidad, que están siendo manipulados por personas y grupos, ajenos unos a la profesión militar pero otros desgraciadamente no, y que producen gran daño en las Fuerzas Armadas, y por lo tanto a la Nación, sobre todo al ser difundidos y aireados sistemáticamente con malévolos intenciones. Se falsean los hechos y se deforman, se busca dañar nuestra unidad, desprestigiar al mando y, en definitiva, incitan a la indisciplina.

Soy consciente de que todo puesto público exige de la persona que lo ocupa el que se someta a la crítica, pero lo menos que se puede pedir es que esa crítica tenga un mínimo de ética y de verdad. Pues bien, de eso, nada.

Se trata intencionadamente de sembrar la confusión y la duda; de presentar los hechos con interpretaciones tendenciosas y algunas veces demoleadoras, que intentan alcanzar a las más altas jerarquías y, si es posible, envolviéndolas en el ridículo y deformando su personalidad pública y privada.

Voy a referirme a ciertos hechos recientes.

Por ejemplo, las Ordenanzas. Se ha nombrado una Comisión, a propuesta de la Junta de Jefes de Estado Mayor, constituida por compañeros de los tres Ejércitos, todos ellos de gran prestigio, para actualizarlas y ensalzarlas, conservando todo lo que tienen de inmortal y recogiendo, al mismo tiempo, todas las ideas y conceptos que exige la época actual y que han de regir en el futuro. Pues bien, la campaña desatada atribuye unos fines completamente contrarios a los perseguidos y ha sido perfectamente orquestada. Había que hacer llegar a los ingenuos la consigna de que «se quieren cargar las Ordenanzas».

El rumor de que se van a retirar «manu militari» tres promociones se arrastra desde hace más de un año y muere y revive cada dos o tres meses. Es inútil el que se desmienta solemnemente en cuantas ocasiones se presentan.

Se produce un hecho grave en un centro de enseñanza militar, que curiosamente desconocen algunos de los mandos que inexorablemente debían conocerlo, y se toman las mínimas medidas para corregir el hecho y mantener la disciplina, y se corre la voz de que es manía persecutoria contra los que han sido sus autores.

Y quiero aclarar una cosa: la destitución de un alto mando se ha producido porque ha habido motivo para ello, pero en ningún caso, como se ha dicho, porque haya tenido relación con lo anterior. No se mezclen las cosas, ni hagamos mártires donde no los hay. Hay quien pide cesar en un alto puesto cuando le faltan pocas semanas para tener que hacerlo por edad, y se pretende que es por cuestiones presupuestarias que afectan a los Ejércitos. Y si bien es cierto que existen limitaciones presupuestarias, sin embargo se han previsto unas medidas administrativas que corrigen en lo posible las dificultades. Pero, señores, estas limitaciones se han producido porque la Nación las necesita.

Las Fuerzas Armadas son para la Nación y no la Nación para las Fuerzas Armadas. Y si la inflación no se corta, ¿de qué nos servirán los recursos económicos que nos asignarán, que cada vez tendrían menos valor?

Para no aburriros, voy a terminar refiriéndome a dos casos muy opuestos, ya que uno se refiere a temas alegres y el otro, por el contrario, ha llenado de pena e indignación a todos los que llevamos el uniforme y a toda España, menos a los asesinos y a sus protectores o cómplices.

El primero está relacionado con las Patronas. Ya, desde hace mucho tiempo, se dijo que había que cambiar el carácter de las celebraciones en el sentido de evitar concentraciones públicas de autoridades, invitados y participantes, hacerlas más íntimas y más familiares, pero conservando todo nuestro entusiasmo y tradición, nuestras fiestas de siempre, en nuestras unidades y centros, y nuestras reuniones particulares según los criterios que cada uno eligiera. Un error de interpretación en una instrucción ha producido una tormenta en un vaso de agua en apariencia, pero, en realidad, se han producido reacciones que producen tristeza. «Es que también se quieren cargar las Patronas...», se ha llegado a decir.

El otro tema es aún más bochornoso y preocupante.

¿Es que hay alguien de nosotros que no quiera rezar o que se rece por un compañero muerto, mejor dicho, en este caso, asesinado vilmente?

¿Quién puede albergar un pensamiento tan ruin, por mucho que le digan o por muy extraña que le parezca la interpretación que le llega de una orden superior?

Hace un año, en unas declaraciones que publicaron ampliamente los medios de información, hablando del terrorismo, dije:

«Pido a Dios que no haya jamás otras víctimas, pero si la pasión violenta las hiciera, aparte de que la ley caiga sobre los culpables, España podrá sentir un inmenso dolor, pero es absolutamente preciso que conserve la serenidad.

«Las Fuerzas de Orden Público —a las que nunca pagará España el sacrificio que vienen ofreciendo—, personalidades políticas, e incluso víctimas indiscriminadas, han pagado con su vida el odio de los que trágica y equivocadamente iluminados sólo creen en la violencia.

«Pero el pueblo español no puede hacer el juego a los que así actúan. Quieren conseguir la escalada del terror, reacciones airadas y violentas, la desmoralización de la sociedad, la rotura de los resortes de la autoridad, que el Gobierno pierda su equilibrio, provocar que alguien tome la justicia por su mano, es decir, la crisis del poder y de la Nación.

«Pero para ello es preciso que estos trágicos sucesos no puedan ser manipulados por determinados grupos políticos para justificar una actitud de rebeldía contra el Gobierno.

«Es un espectáculo bien triste ver cómo restos mortales que debían ser sagrados, y ceremonias religiosas en las que nadie reza, quieren convertirlos en pancartas y palancas políticas para sus fines partidistas.

«Condene a los culpables toda la Nación, todos sus estamentos, todos los españoles de bien, sean de la tendencia política o social que sean, para que aquéllos se convenzan de que los repudia el país entero y que éste no se les va a rendir».

Y añadía poco después en dichas declaraciones:

«Que cuando el crimen se produzca, todos callen. Que no haya más discursos, ni homilías, ni arengas, ni manifestaciones. Que los creyentes recen de verdad por las víctimas y los que no lo sean les rindan su respetuoso recuerdo. Pero que un silencio total invada a España entera como homenaje a su sacrificio y como repulsa total para los culpables, al mismo tiempo que nuestra decisión de acabar con la violencia sea cada vez más fuerte».

Perdonad lo largo de mi cita... Pero, desgraciadamente, la considero de plena actualidad.

Quede, pues, bien claro: nuestra oración, en misa o fuera de ella, en nuestro quehacer diario, en nuestro trabajo, en nuestra tristeza o alegría.

Pero mítines políticos, aprovechando los funerales o entierros en beneficio de «otros», no.

Porque, además, ¿qué quiere la ETA? Lo que algunos, hay que suponer que inconscientemente, hacen. ¿Y cuándo se ha hecho lo que quiere el enemigo? El hacerlo, ¿es patriotismo o es ir a la derrota?

Analicemos serenamente lo que quiere y obremos en consecuencia.

Si la ETA quiere la guerra, la tendrá; a lo peor la gana, pero a lo mejor... la pierde.

Ahora bien, cuando se manda una batería es uno responsable de unas decenas de hombres; cuando un regimiento, de unos cientos, y cuando es una gran unidad, de unos miles.

Pero cuando se está en el Gobierno, todo lo que se hace puede repercutir en más de treinta millones de españoles. Ténganlo en cuenta los estrategas de café.

Pero, además, ¿es que los españoles, y muy especialmente los que vestimos uniforme, vamos a tener miedo?

¿Van a tener miedo las Fuerzas de Orden Público? ¿Vamos a tener miedo los Ejércitos? Podrán seguir matando, porque su guerra, y no quiero darle un nombre tan noble, es sucia, triste, cobarde, de gánsteres; por mucho que quieran presentarse como héroes. Como hace pocos días se lo han recordado personalidades vascas, ¿es que creen que España y nuestras queridas provincias vascas vamos a caer de rodillas bajo la dictadura de un fanático de turno? Basta ya de Apalas.

Y si nos toca la vez, ¿no hemos jurado defender nuestra Patria hasta perder la vida? La marcha de la Nación, aunque con gran dolor, seguirá, pues nunca podrá depender de que maten a un general, a un oficial o a un simple y abnegado agente de Orden Público.

Es preciso, y yo os lo pido encarecidamente, que rechacemos la insidia, el rumor, el bulo; que alejemos de nuestro quehacer la crítica mezquina y el desánimo; que trabajemos al máximo en nuestro puesto, en nuestra unidad, en nuestros despachos y oficinas.

Que mantengamos nuestra disciplina por encima de todo, ya que sin ello el Ejército desaparecería. Que nuestro compañerismo sea verdadero, que rechacemos firmemente a los que nos quieren desunir.

Que nos agrupemos cada vez más alrededor de nuestro Rey, que no piensa y vive más que para nuestra España.

Lo que hay que hacer es ganar y lo vamos a lograr, se empeñe quien se empeñe, con tal de que todos cumplamos nuestro deber como buenos soldados.

Perdonad lo largo de mis palabras y la posible crudeza de algunas de ellas. Sólo os pido que las meditéis lo más serena y objetivamente posible.

Pidamos una vez más a nuestra Santa que nos proteja y gritad conmigo con toda vuestra alma:

¡Viva España! ¡Viva el Rey!